

# Yo no la llamo “embruja”

**Clara Rosemberg**

Dos menos cuarto. Lili, una querida amiga de mi familia a la que hoy iba a entrevistar, ya había llegado. Hacía varios años que no la veía, así que no recordaba su encantadora manera de hablar, sus ojos celestes de mirada tan dulce y su forma de describir en tan solo una historia, todo un mundo lleno de detalles, vueltas y anécdotas. Nos saludamos, nos sentamos y así empezó:

- No sé si lo habrás visto, pero cada tanto sale en el diario un artículo nuevo sobre ese lugar. Queda en la esquina de 3 de febrero y Avenida Freyre. “La casa embrujada” le dicen, pero a mí nunca me gustó llamarla así. Desde ese entonces prefiero decirle “misteriosa” o “milagrosa”; porque la historia que voy a contarte habla muy distinto de esa casa de como la pintan los diarios. Verás. . .

Allá por 1989, mi hija Carolina tenía 11 años y usaba vestidos primorosos con el cuello bordado. Yo había encargado unos cuellos para sus vestidos a una señora que vivía en la cuadra de 3 de febrero del lado sur, más o menos a una cuadra y media de distancia, y esa noche tenía que retirarlos.

Se acercaba el horario de la cena, no era tan tarde pero ya había oscurecido. Una gran tormenta se avecinaba, el cielo estaba negro y los relámpagos ya estaban presentes. Mi marido me sugirió que no saliera y se ofreció a llevarme más tarde. Te imaginarás que cuando salí de todos modos fue de puro audaz, diciéndole que sólo sería un momento y que volvería enseguida. Afuera, ni un alma en la calle.

Oscuridad y relámpagos.

Me faltaba una cuadra para llegar al lugar, a unos metros de la esquina, cuando vi que venía un muchachito. En ese entonces yo tenía 37 años, y para mí que él no llegaba a los 20. Yo iba hacia el oeste y él

hacia el este. No lo quise mirar a la cara porque ya estaba bastante asustada, pero lo que sí me quedó grabado fue su suéter color azul Francia (o eléctrico como le dicen ahora) y las groserías que me dijo al pasar. Sentí mucho miedo y aceleré el paso, estaba cerca de la casa de la señora, así que apenas llegué, toqué timbre de manera insistente. La señora se sorprendió al verme en una noche tan fea y se disculpó por no haber terminado el bordado. Le dije que no era un problema y pregunté si podía usar su teléfono para llamar a mi marido para que me vaya a buscar. “No, no funciona mi teléfono”; me respondió “¿Puedo quedarme un ratito acá esperando? Pasó un muchacho que me dijo groserías feísimas y me da miedo volver.” Un poco por vergüenza o incomodidad sólo me quedé 5 minutos. Espié sobre calle de 3 de febrero para el este, por donde yo tenía que volver, y como no vi a nadie me animé y emprendí el regreso a mi casa rezándole a la Virgen de los Milagros para que me proteja.

Cuando llego a la esquina, cruzo y veo que el muchacho del suéter azul salía de atrás de un árbol que estaba en la vereda de enfrente, y otro cruzaba la calle hacia mí. En un segundo, mi instinto me dijo que si yo seguía avanzando iba a quedar entre uno y otro. Algo en mí me dijo: entrá. Nada más. Entrá. Estaba parada frente a las rejas de hierro en la vereda de aquella casa, que por lo majestuosa e imponente, siempre me había llamado la atención. El portón de la reja

estaba abierto. Entré corriendo y subí los tres escalones hacia las puertas de entrada de la casa. Las dos hojas estaban cerradas, pero una de las ventanas estaba abierta.

Al asomarme a la ventana abierta, veo una lámpara de pie que tenía una luz amarillenta bastante tenue y abajo, en el piso, una nena y un nene jugando con una pequeña pelota roja de goma.” ¡Llaman a su mamá!” fue lo único que atiné a gritarles evitando mirar hacia atrás. Los nenes se pararon, corrieron hacia adentro, y apareció una señora

más bien joven de cabellos lacios castaños claros. “¡Por favor, necesito llamar a mi esposo porque hay dos muchachos ahí que me quieren atacar!” “No tengo teléfono” me dijo, y le repetí que los muchachos estaban afuera y me querían atacar. La mujer abrió la puerta y caminó conmigo hasta las rejas. “Quedate tranquila. Me alegra que hayas acudido a mí para ayudarte, no recibimos visitas tan seguido.” Nos acercamos a la vereda y a simple vista no había nadie, pero a 50 metros hay un pasaje y yo pensaba que podrían estar escondidos ahí. Entonces le dije “voy corriendo por la vereda de enfrente, si usted ve algo por favor grite.” Ella solamente me sonrió con dulzura. Crucé y corrí sin mirar atrás. Esa fue la última vez que la vi.

Dos días después, le conté a una vecina lo que me había pasado esa noche. Noté que mientras yo hablaba su mirada se perturbaba. Me dejó terminar el relato sin decir una palabra. Cuando por fin reaccionó, su respuesta me dejó helada.

“En esa casa no vive nadie, hace mucho que está deshabitada.

¿Nunca habías escuchado la historia del mellicito que vivía ahí y

falleció en un accidente? Después de ese día la señora de la casa no volvió a ser la misma, el dolor indescriptible por la muerte de su hijo la perturbó de tal manera que su forma de ser cambió para siempre. Cuentan que la familia se a esa casa llena de sueños, y en realidad sí fueron muy felices durante mucho tiempo. Fue luego del accidente que toda la alegría empezó a teñirse de dolor. Además de los mellizos eran varios hermanos que vivieron ahí hasta que sus padres murieron. Pareciera que la muerte de sus padres les hubiera indicado que ahí ya no había lugar para soñar. Como si todo lo que quedaba en esa casa era dolor y ellos decidieron dejar todo ese dolor ahí, encerrado, e irse. Dicen que desde su partida se escuchan ruidos en el primer piso. Hubo gente que ingresó ilegalmente con intención de ocuparla, y se fueron espantados. En un momento alguien compró la casa, y los albañiles

encargados de la reforma no se quedaron ni una semana. Todos coinciden con los relatos. Aún así, sigue siendo tan hermosa, tal vez las historias le suman más de lo que le quitan.”

Lili apuró el final de su relato porque estaba llegando tarde a la iglesia y se fue. Cerré mi libreta de notas y me aseguré de guardar en mi teléfono el audio con su testimonio. Le pedí entonces a mi papá que me llevara a ver ese lugar. La casa está muy deteriorada, en total abandono, y aun así no pierde su encanto. Solo por estar parada ahí, sentí que podía vivir la historia de Lili en carne propia. Pude ver cómo se asomaba por la ventanita a pedir ayuda pasando la reja que rodea la casa, y un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. Mi cabeza estaba

repleta de las imágenes del relato de Lili, lleno de descripciones y detalles.

En cuanto volví a mis sentidos, recordé que mi papá estaba esperándome en el auto, así que giré y me dispuse a caminar hacia él. Hasta ese momento no estaba convencida de que pudiera ser una buena historia, hasta a mí, que creo en ese tipo de experiencias me costaba pensar que su encuentro haya sido tan nítido y real. Tenía que volver a mi casa, releer las notas y pensar.

Al dar el primer paso hacia el auto de mi papá sentí un leve roce en el pie. Bajé la mirada, una pequeña pelota roja de goma rodaba por el piso.

\*Este cuento es una interpretación personal del relato real de Liliana D. B, C.